Barcelona 14 de Mayo de 1913

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 10 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción España un trimestre . . 1'00 »
» Extranjero . . . 1'50 »

El artificio patriótico

En estos días pasados de Fiestas Constitucionales y de Pascua del Trabajo, cuando el aniversario de Constantino y el 1.° de Mayo agitaban los sentimientos atávicos de las multitudes, que acudían en manadas y en rebaños a celebrar el culto de la Credulidad en el templo de la Santa Rutina; cuando en vista de la facilidad con que el vulgo misoneista de todas clases intenta el imposible de remontar la cuesta de la Regresión abandonando la suave pendiente del Progreso, cuando los babiecas rojos en nombre de la Fiesta del Trabajo y los babiecas blancos celebrando el centenario del triunfo del cristianismo, ambos dominados por sus caudillos, ostentaban públicamente sus banderas y estandartes, cantaban sus himnos y alardeaban de su ignorancia; cuando perdido el hilo guía en el intrincado laberinto de los acontecimientos y en vista del enorme presupuesto de guerra que carcome las naciones no parecía ya posible la existencia de esperanzas optimistas, nos llega el eco de la voz acusadora de Liebknecht en el parlamento alemán denunciando el crecer de los fabricantes de armas y revelando al mundo el peligro que es el imperialismo de las grandes potencias y el consiguiente militarismo defensivo de las potencias de orden secundario, que se presentan justificados y aun poetizados por el sentimiento patriótico, se promueven artificialmente por la codicia capitalista.

La denuncia hará época, porque en ese crimen colectivo todo privilegiado es culpable y todo desheredado es víctima.

Para formarse idea del alcance criminal de esa codicia, fíjese el lector el contraste que formaría uno cualquiera de los cuadros de horror que tanto abundan en la actual guerra oriental comparado con la lectura de la memoria en que se determinan los beneficios por acción de ese trust, y verá que no puede concebirse por asociación de malhechores: desolación, ruinas, cadáveres, buitres que se hartan, accionistas que se enriquecen, monopolios inmensos y tiránicos que matan y destruyen al por mayor y que impiden el florecimiento y la fructificación de toda natural autonomía, de toda legítima iniciativa, y todo ello producido por tenebroso complot, de modo que parezca resultado fatalmente inevitable y aun presentado con aspecto noble para disimular el sangriento negocio.

La denuncia de Liebknecht coincide con la del «Vorwaerts», órgano de la democracia social alemana, que publica un documento de octubre de 1906 que la Sociedad austriaca de las fábricas de armas dirige a la «Fábrica de armas Mauser» y a la «Fábrica belga de armas de guerra», anunciando a sus similares de Alemania y Bélgica que aceptaba un tratado para explotar de común acuerdo el mercado de armas de Rusia, Japón, China y Abisinia, desechando toda competencia para unirse en una comunidad de intereses y ayudarse mútuamente hasta suministrarse recíprocamente modelos técnicos y patentes y, sobre todo, repartirse con equidad los pedidos, de los cuales, por ejemplo, correspondería un 30 por 100 a las fábricas de armas y municiones; un 21 1/4 por 100 a la fábrica Maüsser; un 11 1/4 por 100 a la Compañía belga y un 37 1/2 por 100 a la Sociedad austriaca.

Sigue un segundo documento, ampliación del primero, que trata de extender el negocio en común a todos los países de la tierra.

«En resumen, según Luis Araquistain, el descubrimiento de los métodos comerciales que emplean las fábricas de armas y municiones, enseña que por debajo de toda la agitación militarista moderna trabaja en la sombra el artificio nacionalista creado por los fabricantes de armamentos, y que los armamentos destinados a satisfacer este artificio se venden a los pueblos a precios de monopolio. Esta noble enseñanza práctica obliga a escuchar con más cautela que nunca todo rumor de reformas de ejército o escuadra. Hasta ahora, por cándida buena fe, se aceptaba el incremento indefinido de los ejércitos y escuadras como un mal fatal, superior a todas las oposiciones y resistencias humanas, como algo emanante de una primera causa. Se veía que los industriales de la guerra prosperaban conforme crecía el ritmo militarista; pero se suponía que los industriales de armamentos medraban inevitablemente de rechazo, que sus dividendos no eran sino un efecto de esa misteriosa y suprema causa del desenvolvimiento político internacional.

Ahora se ve que las industrias militares no son un producto del genio militarista de los pueblos, sino que, al contrario, resulta un producto del desarrollo creciente de esas industrias. Las revelaciones de los socialistas alemanes han universalizado un principio metódico que antes sólo era patrimonio de una minoría. Este principio consiste en formular, ante todo anuncio de más armamentos, esta sencilla pregunta: ¿a qué intereses particulares responde la reforma? ¿Qué fabricantes la han creado? Y en el caso más favorable, cuando el Gobierno mismo sea una víctima de buena fe, y no un cómplice, ¿qué strusts de fabricantes se dispone a armar la nación a precios de monopolio?»

He aquí por qué, conociendo el hecho, aunque sin precisar los datos, puse en mi conferencia del Proletariado Emancipador, leída en Madrid, el siguiente párrafo:

«En el día todo el mundo conoce el secreto: la diosa de la guerra y el dios de los ejércitos son viajantes de comercio que, a semejanza de los compañeros de Colón, ofrecen cascabeles y cuentas de vidrio a cambio de riquezas naturales de los países rezagados en la vía progresiva. La pólvora seca del patriotismo más caballeresco se calcula como partida biscrita en el libro de cuentas del agiotista.»

¡No puede darse mayor iniquidad!

La incapacidad progresiva de la burguesía no puede ya descender más, ni mostrar en forma más repugnante el callejón sin salida en que por sus torpezas se ha metido.

Un momento oportuno y con admirable oportunidad, la voz del proletariado universal, encarnada en Liebknecht, hombre de abismo prestigio, y en el parlamento de una nación que va perdiendo el carácter de universidad que se le atribuía, para aquilatar el de cuartel que le da su emperador y su imperialismo, acusa la camarilla de explotadora del Estado, mediante un monopolio clandestino para lucrarse en la venta de armas, valiéndose de agentes secretos para sorprender secretos de Estado y sobornando la prensa extranjera para que excite el jingoismo contra Alemania y obligue al gobierno a activar los pedidos de armamento.

He aquí la monstruosa fuerza antiprogresiva del militarismo, minada por el microbio del negocio. No se necesita más para prever su muerte.

En cambio el proletariado, afirmando cada vez más su ideal y su capacidad progresiva, avanza a pesar de persecuciones y desviaciones, exponiendo su pensamiento emancipador y su poder sindicalista: con el primero construye la sociología, ciencia esencialmente revolucionaria; con el segundo prepara la gran huelga que producirá la rotación del eje del movimiento social, contando para ello como auxiliar poderoso con la torpeza privilegiada que, como el caso del «trust» de los armamentos y del complot de la guerra, apresura el momento supremo y decisivo.

Reanímense las esperanzas, confórtense las convicciones y acudan todos los trabajadores a su sindicato para apresurar y dominar los acontecimientos.

ANSELMO LORENZO

Cascabeles

(1.° Mayo 1886-11 Noviembre 1886 1.° Mayo 1913)

Los vi desfilando, silenciosos, disciplinados, obedientes, sumisos, detrás de sus banderas, atentos a la voz de sus jefes y seguidos de músicas y coros, en procesional manifestación, «festejando» la luctuosa fecha en que compañeros inocentes fueron inmolados por la hidra burguesa.

[illegible] que hubieron al campo, tuvo [illegible] desbordamiento inconsciente de [illegible] alegría y las castañuelas y [illegible] y los pianillos y acordeones, y [illegible] y los bailes, lucieron duo con [illegible] del vino y las garrafas de aguardientes y las meriendas preparadas.

«El pueblo se divertía». El pueblo ahogaba en vino sus amarguras y rebeldías. El pueblo, en su bacanal, pisoteaba la memoria de sus mártires y un día de luto y triste recuerdo lo convertía en festiva algarabía, como el sátiro que se cebara en el cuerpo de una inocente muerta.

Y el patrono y el burgués y el capitalista, con risas a mandíbulas batientes, alternaban en la orgía con el trabajador y con el proletario y con el esclavo, seguro de que aquella «fiesta del trabajo» desviaba a los explotados del verdadero camino de una protesta airada y de sus mentes borraba, poco a poco, la memoria de los que todavía esperan ¡VENGANZA!

Hablaron unos hombres del «Triunfo del Trabajo», y los festejantes aplaudieron y gritaron en el frenesí de su idolatría las palabras de sus pastores y por un momento, en el paroxismo de sus inconscientes alegrías, se creyeron «libres» e «iguales» de hecho.

Pasó la embriaguez....

Al siguiente día ni el esclavo era libre, ni la miseria desapareció del hogar del pobre, ni la tiranía cesó en la casa del paria y los «jefes» comentaron en el casino el gran «triunfo», mientras las falanjes de trabajadores vertían su sudor para poder contribuir con algunos céntimos al mantenimiento de los «directores» que beben cerveza mientras ellos carecen de agua, que comen faisanes en tanto que ellos carecen de pan, que visten de sedas mientras ellos están desnudos, que viajan en primera en tanto que ellos hacen a pie sus viajes, que calzan charoles cuando ellos andan descalzos, que alternan con el tirano mientras ellos son explotados....

¡Qué fiesta... Qué vergüenza!..

ZOAIS

Azuaga.

CONTRA LOS CASEROS

Cochón en el Elíseo

En la Cámara de diputados

PARIS.—El celebérrimo secretario de la Liga de inquilinos, M. Cochon, tuvo ayer de cabeza a las autoridades parisienses.

Se le presentó un ciudadano, padre de numerosa familia, a quien su casero había puesto los muebles en el arroyo.

Cochon buscó dos carros e hizo cargar en ellos el mobiliario del infeliz.

—¿Adónde vamos?—le preguntaron los carreros.

—¡Al Elíseo!—dijo Cochon con ademán belicoso.

Efectivamente, media hora más tarde llegaba Cochon, con la familia desahuciada y los dos carros, a las puertas del Palacio presidencial.

—¿Esté M. Poincaré?—preguntó a un portero.

—No.

—Pues le aguardaré:

Y dirigiéndose a los carreros les dijo:

—Id, mientras, descargando los muebles y metiéndolos dentro.

Los carreros, aunque extrañados, le obedecieron sin chistar.

Pero los empleados del Elíseo se opusieron resueltamente.

—¡Aquí no vive más que M. Poincaré! —dijeron furiosos.

—Ya lo sé—respondió Cochon.—Pero el Presidente es el padre del pueblo y debe evitar que sus hijos carezcan de casa.

Este demoledor argumento no convenció a los porteros del Elíseo, y Cochon ordenó a los carreros volvieran los muebles a los carros.

—¿Adónde vamos ahora?—dijo el inquilino desahuciado.

—¡Al palacio Borbón! Si el Presidente no es el padre del pueblo lo serán los diputados.

Y se dirigió al palacio Borbón, donde está instalada la Cámara.

Seguíale una inmensa muchedumbre, que cantaba un himno en que se llama buitres a los caseros.

Llegaron todos al palacio Borbón, y allí se repitió la escena del Elíseo.

Los porteros de la Cámara se negaron a que fuesen metidos dentro los muebles.

La muchedumbre quiso arrollarles, y hubo una lucha cuerpo a cuerpo, que terminó cerrando las puertas los porteros y arrancándolas.

Acudió la policía, pero Cochon subióse sobre un carro y arengó a las masas.

Estas le aplaudieron con frenesí.

Los mueras a los caseros atronaban el espacio.

Un comisario intervino y propuso a Cochon buscar un alojamiento para la familia desahuciada.

Y durante más de tres horas recorrió París una extraña comitiva, formada por Cochon, los dos carros con muebles, la familia expulsada, cinco o seis mil enemigos de los caseros y una nube de policías.

Al cabo, un hombre compasivo, dueño de una casa de vecinos, consintió que los desahuciados se alojaran provisionalmente en una sala baja.

Y Cochon, satisfecho, retiróse a su hogar, entre las aclamaciones del público.

LA GUERRA DEL PORVENIR

Dirigibles militares

No hace muchos años, los dirigibles se consideraban como un espectáculo o como un lujoso «sport», costoso recreo de los poderosos de la Tierra; en un porvenir, que se juzgaba aún muy lejano, susceptibles de transformarse en el instrumento general y regular de transporte, y para fecha todavía más remota, en el complemento universal de las máquinas de ataque y de defensas terrestres y marítimas.

La ciencia en la navegación aérea y en la creación de elementos de destrucción aplicables al arte de la guerra, ha realizado en estos últimos tiempos progresos tan asombrosos como rápidos.

La química ha ideado explosivos rompedores y explosivos de proyección de tan extraordinaria potencia, que los efectos destructores de los primeros llegan a los mismos límites que las terribles catástrofes geológicas. El ácido pícrico, el más generalizado en la mayoría de las naciones, aunque con nombres diversos—la melinita francesa, la lydita inglesa, la ecrasita austriaca, la pertita italiana,—al igual del más violento terremoto, tiene fuerza bastante para no dejar piedra sobre piedra en la ciudad más populosa.

Los progresos de la química han permitido a las bombas de lanzamiento de los dirigibles alcanzar en estos últimos tiempos perfeccionamientos admirables.

La Casa Krupp construye una bomba que irradia una luz vivísima, no sólo durante el recorrido de su trayectoria, sino después que ha tocado tierra; lo que permite a los tiradores del dirigible distinguir perfectamente los objetos que desean destruir. Otra bomba, inventada en Alemania, emite una enorme cantidad de un humo muy denso, que, descendiendo hasta el suelo, se extiende, formando una inmensa nube que oculta al dirigible, que, así defendido, encuentra en la fuga un medio seguro de ponerse fuera del alcance del enemigo. Otra bomba, aún más terrible que las dos mencionadas, se ha inventado recientemente. Contiene unas 150 libras de sustancias químicas, que al estallar llenan el aire de gases venenosos, capaces de matar a cuantos seres vivos se encuentren en un espacio de varias millas.

El problema de la navegación aérea, cuya solución persigue el hombre hace tiempo, ha entrado muy recientemente en el campo de la realidad, después de permanecer muchos años en los dominios del ensueño.

Los dirigibles alemanes, con las mejoras hechas en ellos desde septiembre de 1911, y los perfeccionamientos que últimamente han alcanzado, son hoy el instrumento de destrucción más poderoso que pudo idear la fantasía humana.

El más profano comprenderá fácilmente de lo que es capaz una máquina que vuela a alturas enormes, con velocidades de 40 millas por hora, que dispone de un radio de acción de unos cuantos centenares de millas, sin tener necesidad de aterrizar para proveerse de gas o de combustible, y dueña, además, de llevar armas y municiones, no en la escasa cantidad de unas cuantas libras, sino en la tonelada de algunas toneladas, que podrá utilizar tan certeramente como en las recientes maniobras verificadas en el lago de Constanza.

Durante ellas se construyó una pequeña almadía, que se dejó como boya en el mencionado lago.

Un tirador, desde un dirigible que se encontraba a unos 3.000 pies de altura, disparó sobre la boya, haciendo blanco en el centro de ella al tercer disparo, hecho muy pocos segundos después que el primero. Otro tirador del Z. III, que marchaba a gran velocidad, a una altura de 6.000 pies, hizo añicos en muy pocos minutos un blanco que representaba una pequeña aldea, colocado en el campo de maniobras.

Alemania se siente orgullosa y contenta de poseer con el Z. I el mejor dirigible que se ha construído en el mundo. Esta poderosa máquina de guerra, que tiene un radio de acción de 1.550 millas, puede permanecer en el aire durante cuatro días y cuatro noches, siendo capaz de transportar cerca de 27 toneladas y pudiendo arrojar sobre un campo enemigo 2.000 libras de materias incendiarias. Su velocidad, sin tener en cuenta la de la corriente aérea, es de 50 millas por hora.

El nuevo Zeppelin, «Ersatz J», ha cubierto 550 millas sin aterrizamiento, viajando casi siempre de noche. El Zeppelin «Victoria Luise», con oficiales del Ejército y de la Armada, hizo una travesía de noche a 450 millas de Hamburgo, en el mar del Norte, sobre las islas danesas. El nuevo dirigible «Schaette-Lanz», el mayor de los construídos hasta el presente, recorre 50 millas por hora, y se confía construir dentro del año actual una nueva máquina aérea que marchará a 60 millas.

Tan satisfecha se encuentra Alemania de sus nuevos dirigibles, que el autor de un artículo publicado en el periódico el «National Zeitung», asegura que si el imperio alemán construyese una flota de cien Zappelins, divididos en 25 escuadrones, de cuatro dirigibles cada uno, capaces de volar sobre la tierra y sobre el mar, como mínimo cuarenta y ocho horas consecutivas, y cada nave aérea no llevase otro cargamento que una gran cantidad de materias incendiarias y explosivas, «Alemania sería dueña del aire, y consiguientemente también del mar».

Estas declaraciones han alarmado a la opinión pública inglesa, que observa con desconfianza que Alemania ha establecido ocho estaciones de dirigibles frente a su frontera, mientras que sólo tiene una en la frontera rusa, otra en la austriaca y tres o cuatro en la francesa.

Francia siente análogos temores, cual lo demuestra el hecho de que su presupuesto para construcción de dirigibles y aeroplanos era de 6.200.000 francos en 1911, de 20 millones en 1912, y de 42 millones 500.000 francos en 1913, calculándose que para fines de 1914 tendrá la República francesa disponibles mil aeroplanos militares.

Tales preocupaciones están muy justificadas. Las nuevas y poderosas máquinas de guerra pueden, sin que nadie de ello se dé cuenta, presentarse una noche sobre la más populosa de las ciudades, y arrojando copiosa lluvia de substancias explosivas e incendiarias, convertirla en un montón de ruinas y en una inmensa necrópolis, «sin que los habitantes tengan medios de defensa ni manera de huir del peligro», porque casi antes de que se enteren de su existencia, la que horas antes era animada población, se habría convertido en la ciudad de los muertos.

Desde Metz o desde Strasburgo los aeroplanos alemanes llegarían a París en tres horas, y desde una altura en la que se hallarían a cubierto de todo peligro, podían lanzar sobre la capital de Francia unos cuantos centenares de bombas explosivas, regresando a Alemania inmediatamente, encontrando, en caso de necesidad, un seguro refugio en el territorio neutral de Bélgica.

Se ha calculado que siete horas serían suficientes para la ejecución de este proyecto: partida de la flota aérea, bombardeo de París y regreso de los dirigibles a la frontera alemana.

UN VECINO DE LA CORTE

Peligrosos y Policías

¿No habéis sido alguna vez vigilados? ¿Algún torpe Secretario de Gobernación, algún periódico reaccionario, o algún enfatuado Jefe de Policía, no os ha dado el título de peligroso colgado el sambenito de pernicioso? ¿No? ¡Ah! Pues no sabéis lo que es bueno:

Figuraos que por doquiera que váis os siguen la pista unos seres que parecen hombres, pero que no lo son; figuraos unos mamarrachos que visten como las personas y son sólo unos payasos sin pintarrajear, que temblorosos, acobardados, os miran con la atención con que se observa un bicho raro; pretendiendo—¡idiotas!—sorprender los más recónditos secretos de vuestras maquinaciones mentales; figuraos que un animal cuya estructura orgánica es igual a la vuestra, pero que moralmente está tan lejos de vosotros como el ostión del chinpancé, se convierte en sombra vuestra que os sigue a todas partes como un humilde perrillo sigue al amo que le azota; figuraos todo esto y si sois algo listos y de genio alegre, decidme si no es divertido el oficio de «peligroso».

Desde que asomáis la nariz a la puerta empieza la función: el mamarracho está en la esquina, fija su vidriosa mirada en las puertas de la casa en que se alberga el peligroso; fijáis la vista en su ridícula y repulsiva figura, pero él esquiva vuestras miradas y disimulando tal vez un aire policíaco de poco gusto y hace que dibuja en la tierra algo con la punta de su enorme bastón (por lo regular coco macaco). Salís a la calle, pasáis junto al mamarracho: en aquel momento enciende un cigarro, seguís vuestro camino y el mamarracho a la vista: entráis en un café y el mamarracho también: váis a una bodega, al correo, al parque, al teatro y siempre, siempre el mamarracho a la vista.

Si vuestro genio es algo violento, experimentáis deseos de reventarlo a puntapiés; pero si sabéis reprimiros, podéis pasar ratos muy divertidos a su costa. ¿Que estáis sentado en un café y él ocupa una mesa próxima a la vuestra? Pues formáis una conversación sobre la policía y le oís candela a vuestro gusto y el menesteroso y sufrido mamarracho revuélvese en la silla como si tuviera un cólico y calla, no puede hablar, ¡para ése es policía! Seguís la conversación y pronunciáis algunas palabras misteriosas como dando a entender que pensáis un atentado y el bobo del vigilante abre los ojos y las orejas creyendo entusiasmado que está en posesión de un secreto que le ha de valer un ascenso. Os hacéis el sospechoso y le véis aterrado sin saber si continuar vigilando o ir a dar parte a su jefe del descubrimiento importante que ha hecho.

Hay dos tipos que al momento son conocidos por más que vistan como los hombres: el sodomita y el policía; estos tipos no pueden ocultarse, pues como el asno del cuento, siempre dejan ver la punta de la oreja. Será tal vez por la semejanza que existe entre ambos.

¡Qué divertido es ser peligroso! ¡Y qué desvergüenza es ser policía!

ISIDORO LOIS

La tiranía en Portugal

A los hombres amantes de la verdad y la justicia, a los valientes que luchan en pro de las humanas reivindicaciones, a todos, en fin, que directa o indirectamente laboran sin tregua ni descanso para que la paz sea un hecho entre los humanos; a todos nos dirigimos en los actuales momentos en que un hombre perverso y malo, en que un tiranuelo de opereta bufa, ridículo y pedante, quiere dar un golpe de muerte al movimiento obrero portugués. Este hombre que, sin tener el valor de Thiers, quiere personificar a Thiers mismo, se vale, para llevar a cabo su plan, de los medios más repugnantes y canallescos que pueden imaginarse. Si no conociéramos de antemano al señor Alfonso Costa, actual presidente del gobierno lusitano, diríamos que en los actuales momentos había descendido hasta el fango; mas no, conocemos bien al César de la democracia portuguesa que hoy rige los destinos de este país y sabemos que él nunca salió del fango.

Mucho tiempo hace viene premeditando la manera más airosa de dar un golpe profundo en el joven y vigoroso movimiento sindicalista, y, como primer paso, dió aquella su célebre conferencia en la Imprenta Nacional, donde se declaró socialista a su modo, tratando el Sindicalismo revolucionario con aquel odio y mala fe que son tan peculiares en él. Allí conocimos sus malévolas ideas y sus perversas intenciones con respecto al Sindicalismo y a sus militantes, dándonos por enterados de la clase de enemigo con quien teníamos que luchar. Y al efecto, por un fútil motivo, al que es completamente agena la clase trabajadora organizada, mandó cerrar la Casa Sindical (Casa del Pueblo), persigue militantes, suspende periódicos y da un puntapié a las aparentes libertades consignadas en la Constitución y leyes fundamentales del nuevo régimen.

Esta medida, sin motivo que la justifique, es un reto lanzado a los trabajadores portugueses, es el guante tirado en pleno rostro a toda organización obrera, es un audaz desafío para lanzarlos a la calle en un desesperado arranque de dignidad y ametrallarlos cobarde e impunemente. Mas, conocimos sus criminales intenciones y nos hemos abstenido de toda y cualquier manifestación tumultuosa para evitar que los instintos sanguinarios de este nuevo Trepof fueran satisfechos. Mas su audacia va más lejos, sus habilidades no tienen límites, y viendo que no podía satisfacer sus deseos, utiliza la calumnia, esa arma que sólo emplean los seres envilecidos, los miserables y canallas.

Es verdad que la calumnia manejada por un jefe de gobierno en un pueblo que está idiotizado por él es de un gran efecto, pues a ese pueblo que le dice su ídolo que sindicalistas y anarquistas están aliados con los realistas para restaurar la monarquía, encuentra justificadas todas las represiones y todas le parecen pocas.

Y henos aquí, solos, en medio de un pueblo estúpido, sin que nuestra protesta encuentre eco, y, por consiguiente, sin posible defensa, entregados al arbitrio de un hombre nefasto. Es preciso, pues, que el mundo culto y civilizado sepa lo que está pasando en este rincón de Europa, para que con su crítica sincera y justa ponga un freno a estos impúdicos gobernantes y a cuantos les acompañan y les sirven de comparsas.

Todos los hombres del nuevo régimen son iguales, absolutamente iguales, imbéciles vividores que lanzaron al pueblo a una revolución que pudo costarle cara, para seguir la misma estela de los antiguos políticos de la caduca monarquía de los Braganzas, valiéndose de los mismos medios que ellos practicaban.

Vivimos en un período de franca reacción republicana; no se puede hablar, no se puede escribir, no se puede respirar, no se puede, en una palabra, vivir. Los carbonarios,—guarda-costas del presidente,—todo lo oyen, todo lo delatan. Los complicados en los últimos acontecimientos políticos, han sido deportados, sin proceso, sin juzgarlos, arbitrariamente. Y no está lejos que un día eche una red y coja entre sus mallas a anarquistas y sindicalistas y lleven el mismo camino, pues de todo es capaz el régimen imperante.

A tanto no se atrevió Joao Franco, y ¡cuidado que era tirano!

ALFREDO KROP

Lisboa.

A los lectores

En espera que se solucionaría la huelga de los obreros tipógrafos, hemos dejado correr los días pensando que el periódico podría imprimirse en la misma casa que hasta la fecha.

No ha ocurrido así. La casa donde se editaba este periódico continúa en huelga y nosotros, en nuestro propósito de no dejar pasar la semana sin publicarlo, nos hemos sentido grandes y TIERRA Y LIBERTAD se permite el lujo de alternar con los grandes rotativos, publicándose esta semana con arreglo a los procedimientos más modernos.

Es decir, este periódico va impreso en máquina rotativa.

Los muchos defectos que aparezcan son hijos de la precipitación con que se ha confeccionado.

DESDE LA ARGENTINA

Civilización y salvajismo

Los capitalistas argentinos no quieren quedarse atrás en lo que se refiere a las usanzas de la moderna «civilización» que son de práctica en nuestra época, pues así como en Europa mandan al Africa a «civilizar» a las tribus, con la potencia de los cañones y fusiles, aquí se estila el mismo procedimiento con los indios del Chaco, pues tratan, si posible les es, de dominar al cautivo para explotarlo en las grandes industrias, pues el indio es más dócil que el «gringo»; este último se rebela y exige respetos, mien-